

OPCIÓN A

1. En este fragmento de *Meditaciones Metafísicas*, Descartes reflexiona sobre la relación entre las ideas que percibimos y el mundo externo. Comienza reconociendo que, en el pasado, aceptó como ciertas muchas cosas que percibía a través de los sentidos, como la tierra, el cielo y los astros. Sin embargo, más tarde se dio cuenta de que estas percepciones no siempre eran confiables y empezaron a surgir dudas sobre su veracidad. En lugar de aceptar estas percepciones como representaciones fieles de la realidad, comenzó a cuestionar su autenticidad. Descartes distingue entre lo que realmente percibe y las ideas o representaciones mentales que tiene de las cosas. A pesar de que las ideas que surgen en su mente le parecen claras y distintas, él no está seguro de que las cosas externas sean realmente como las percibe. La creencia en la existencia de objetos fuera de él, de los cuales sus ideas serían reflejos, es puesta en duda, ya que puede que su juicio esté basado en una suposición errónea, reforzada por la costumbre y la repetición. Esto le lleva a la conclusión de que la mente solo tiene acceso a las ideas y no a las cosas mismas de manera directa.

Finalmente, Descartes reconoce que podría estar siendo engañado respecto a la relación entre sus percepciones y la realidad. Este proceso de duda le lleva a poner en cuestión la existencia de un mundo externo tal como lo percibe, ya que la certeza de que nuestras ideas corresponden a cosas reales fuera de nuestra mente no está garantizada. Este cuestionamiento radical del conocimiento sensorial es el primer paso en la búsqueda de una certeza más sólida y confiable, que eventualmente lo lleva a la famosa conclusión: "*Cogito, ergo sum*" ("Pienso, luego existo"), donde la única certeza que mantiene es la existencia de su propio pensamiento.

2. Un autor representativo de la época Antigua que reflexionó profundamente sobre el problema del ser humano es Platón, filósofo griego del siglo V a.C., cuya obra influenció toda la tradición filosófica occidental. En su pensamiento, el problema central del ser humano gira en torno a su naturaleza dual, compuesta por el alma y el cuerpo, y su relación con el conocimiento, la verdad y la justicia.

Para Platón, el ser humano es, en esencia, un alma racional atrapada en un cuerpo. Esta alma proviene del mundo de las Ideas o Formas, una realidad superior, inmaterial y eterna, donde residen la verdad y el bien en su forma más pura. Al encarnarse en el cuerpo, el alma olvida ese conocimiento y queda atrapada en el mundo sensible, cambiante y engañoso. El gran problema del ser humano, entonces, es el desconocimiento de su verdadera naturaleza y el olvido de las verdades esenciales que su alma conocía antes de unirse al cuerpo.

La solución platónica a este problema es la educación filosófica como un proceso de "reminiscencia", es decir, de recordar las verdades olvidadas mediante el uso de la razón. En obras como *La República*, Platón propone que el ser humano solo puede alcanzar su plenitud si se aparta del mundo de las apariencias y se dirige hacia el conocimiento del Bien, accediendo así al mundo inteligible. De esta manera, el problema del ser humano se resuelve en la medida en que conoce su alma, ordena su vida con justicia y se orienta hacia la verdad y la sabiduría.

3. Un autor clave para comprender el problema de la ética en la época medieval es Santo Tomás de Aquino, filósofo y teólogo del siglo XIII, representante destacado de la corriente escolástica. Su pensamiento ético está profundamente influido por el cristianismo y por la filosofía de Aristóteles, a quien adapta al pensamiento cristiano.

Para Tomás de Aquino, el problema central de la ética es cómo el ser humano puede alcanzar su fin último: la felicidad o bienaventuranza, que no se encuentra en los placeres materiales ni en los bienes temporales, sino en la contemplación de Dios. La ética, por tanto, no se limita a regular el comportamiento externo, sino que orienta al ser humano hacia su perfección como criatura racional y espiritual.

La solución que propone Aquino es una ética basada en la ley natural y en las virtudes. El ser humano, por su razón, puede conocer el bien y actuar conforme a él, siguiendo los principios de la ley natural que Dios ha inscrito en su corazón. Además, las virtudes —tanto las naturales (como la prudencia y la justicia) como las teologales (fe, esperanza y caridad)— guían su conducta hacia Dios. Así, el problema ético en Tomás de Aquino consiste en cómo orientar la libertad humana hacia el bien verdadero, de modo que la moralidad sea un camino hacia la realización plena en Dios.

4. En la época Moderna, David Hume, filósofo escocés del siglo XVIII, también reflexionó profundamente sobre el problema de la sociedad y la política, pero desde una perspectiva muy diferente a la de Hobbes. Hume no parte de una teoría del contrato social ni de un estado de naturaleza violento, sino

que se enfoca en cómo la convivencia social y las instituciones políticas surgen de la experiencia, la costumbre y los sentimientos humanos.

Para Hume, el problema de la sociedad radica en cómo los seres humanos, siendo naturalmente egoístas pero también sociables, pueden vivir juntos de forma estable y justa. Según él, la razón por sí sola no basta para fundar la moral ni las instituciones políticas; más bien, la base de la sociedad está en los sentimientos morales, como la simpatía, y en el desarrollo progresivo de normas que surgen de la experiencia colectiva. La justicia, por ejemplo, no es algo natural ni absoluto, sino una convención útil que se forma para garantizar la estabilidad en la posesión de bienes y la cooperación social.

En cuanto a la política, Hume sostiene que las instituciones no son fruto de un pacto racional único, sino de la evolución histórica de costumbres, leyes y gobiernos que han demostrado su utilidad práctica. Para él, el verdadero problema político no es imponer un poder absoluto, sino asegurar un equilibrio entre la autoridad y la libertad, promoviendo gobiernos que funcionen con base en la experiencia y el consenso. Así, Hume ofrece una visión política empírica y moderada, centrada en la utilidad, la costumbre y el desarrollo gradual de las instituciones.

5. En la época Contemporánea, uno de los autores más influyentes que abordó el problema de Dios fue Friedrich Nietzsche, filósofo alemán del siglo XIX. Su enfoque rompe radicalmente con la tradición religiosa y filosófica anterior. El problema central que plantea Nietzsche no es demostrar la existencia de Dios, como hacían filósofos anteriores, sino afrontar las consecuencias de su "muerte" para la cultura, la moral y el sentido de la vida.

Nietzsche declara que "Dios ha muerto", una frase simbólica que expresa el colapso de las creencias religiosas tradicionales en la sociedad moderna, especialmente en Europa. Ya no se cree en Dios como fundamento de la moral, del orden o del conocimiento. Pero para Nietzsche, el verdadero problema no es simplemente que la gente deje de creer en Dios, sino que la cultura occidental aún no ha asumido las profundas consecuencias de esta pérdida. Sin Dios, ya no hay un fundamento absoluto para los valores morales ni un propósito objetivo para la existencia.

Frente a este vacío, Nietzsche propone la figura del superhombre (Übermensch) como ideal: un ser humano capaz de crear sus propios valores y vivir con autenticidad en un mundo sin verdades absolutas. Así, el problema de Dios en Nietzsche no es teológico, sino existencial y cultural: cómo vivir y dar sentido a la vida en una época donde las certezas religiosas

han desaparecido. Su pensamiento marca una crítica profunda a la religión y una invitación a asumir con valentía la libertad humana en un mundo sin fundamentos trascendentes.

Opción B

1. En este texto, José Ortega y Gasset desarrolla una reflexión fundamental sobre la verdad y su relación con la perspectiva individual, dentro de su filosofía conocida como "raciovitalismo". Ortega sostiene que cada vida es una perspectiva única e irrepetible sobre el universo, y que no existe una única visión absoluta de la realidad que invalide las demás. Por el contrario, cada persona, pueblo o época aporta un punto de vista que enriquece el conocimiento de la verdad.

El autor critica la concepción tradicional, heredada de ciertos enfoques filosóficos racionalistas y absolutistas, que pensaba que la realidad tenía una fisonomía fija, independiente de quien la contempla. Según esa visión, todo punto de vista individual sería necesariamente limitado o erróneo. Frente a esto, Ortega afirma que la realidad no se capta desde fuera de la vida, sino desde dentro de ella, a través de nuestras experiencias, circunstancias y perspectivas concretas. Por tanto, la verdad no es algo abstracto y ajeno a la vida, sino que se construye y se revela desde la diversidad de las miradas humanas.

Así, para Ortega y Gasset, no hay una sola verdad absoluta excluyente, sino una verdad plural, dinámica y vital, que solo puede ir descubriéndose mediante la suma de perspectivas. La única visión falsa es la que se presenta como única, negando la legitimidad de las demás. Esta concepción tiene profundas implicaciones filosóficas, éticas y culturales: nos invita a valorar la diversidad, a reconocer el valor de la experiencia individual, y a comprender que la verdad no se impone, sino que se construye en diálogo con los otros y con la vida misma.

2. En la época Antigua, Aristóteles (siglo IV a.C.) desarrolló una de las teorías éticas más influyentes de la filosofía occidental. Para él, el problema central de la ética es cómo alcanzar la felicidad (*eudaimonía*), entendida no como placer momentáneo, sino como la realización plena del ser humano a lo largo de toda su vida.

Aristóteles sostiene que todos los seres tienden a un fin, y el fin propio del ser humano es vivir de acuerdo con su naturaleza racional. Por eso, una vida feliz es aquella que desarrolla plenamente la virtud (*areté*), especialmente las virtudes éticas (como la justicia, la valentía o la templanza) y las virtudes intelectuales (como la sabiduría y la prudencia). La virtud, según Aristóteles, consiste en encontrar el justo medio entre dos extremos viciosos (por ejemplo, la valentía como término medio entre la cobardía y la temeridad). La ética aristotélica, entonces, no se basa en reglas absolutas ni en mandatos divinos, sino en la experiencia, la razón práctica y la formación del carácter. La educación moral es clave, así como la participación en la vida social y política, ya que el ser humano es un "animal político" que se realiza en comunidad. De este modo, el problema de la moral en Aristóteles se resuelve cultivando hábitos virtuosos que nos permiten vivir bien, actuar con justicia y alcanzar nuestra plenitud como seres racionales y sociales.

3. En la época Medieval, el problema de Dios ocupa un lugar central en la filosofía, ya que esta etapa está profundamente marcada por la influencia del pensamiento cristiano. Uno de los autores más representativos de este periodo es Santo Tomás de Aquino (siglo XIII), quien intentó armonizar la fe cristiana con la razón filosófica, especialmente la de Aristóteles. El problema principal que aborda Tomás de Aquino es: ¿puede la razón humana demostrar la existencia de Dios? Frente a la creencia basada únicamente en la fe, Aquino sostiene que la razón también puede alcanzar ciertas verdades fundamentales sobre Dios. En su obra *Suma Teológica*, formula las famosas "cinco vías", argumentos racionales que buscan demostrar la existencia de Dios a partir de la observación del mundo: el movimiento, la causalidad, la contingencia, los grados de perfección y el orden del universo.

Sin embargo, Tomás distingue entre lo que la razón puede conocer y lo que solo se conoce por revelación (como la Trinidad o la Encarnación). Así, el problema de Dios en la filosofía medieval se presenta como una búsqueda de equilibrio entre fe y razón. Para Tomás de Aquino, Dios no es solo el fundamento de la fe, sino también el principio y fin de toda la realidad, y el conocimiento de Dios, aunque limitado, es el más alto fin de la razón humana.

4. En la época Moderna, Immanuel Kant (siglo XVIII) aborda el problema del ser humano desde una perspectiva profundamente innovadora, combinando la filosofía racionalista y empirista. El problema central en Kant es: ¿qué es el ser humano y cuál es su lugar en el conocimiento, la moral y la libertad? Para responderlo, Kant se plantea tres grandes preguntas: ¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me está permitido esperar?, que culminan en una sola: ¿Qué es el hombre?

Desde el punto de vista del conocimiento, Kant sostiene que el ser humano no puede conocer la realidad tal como es en sí misma (el noúmeno), sino solo cómo aparece ante él (el fenómeno), ya que su mente organiza la experiencia a través de estructuras como el espacio, el tiempo y las categorías del entendimiento. Esto significa que el sujeto humano no es pasivo, sino que participa activamente en la construcción del conocimiento, lo cual marca un cambio radical en la filosofía moderna. En el plano moral, Kant concibe al ser humano como un ser autónomo y racional, capaz de actuar por deber, guiado por la ley moral que él mismo se da, formulada en el imperativo categórico: “Obra solo según aquella máxima por la cual puedas querer que al mismo tiempo se convierta en ley universal.” Así, el problema del ser humano se centra en su libertad moral, es decir, en su capacidad para guiarse por principios racionales, más allá de los deseos o intereses personales. Para Kant, el ser humano es fin en sí mismo y posee una dignidad que lo distingue como sujeto moral, lo cual fundamenta los derechos y la ética universal.

5. En la época Contemporánea, Hannah Arendt (1906–1975), filósofa y pensadora política alemana, abordó con profundidad el problema de la sociedad y la política, especialmente a partir de su experiencia histórica con el totalitarismo del siglo XX. El problema central que plantea Arendt es: ¿cómo es posible una política verdaderamente humana después de la deshumanización provocada por los regímenes totalitarios?

Arendt analiza el surgimiento del totalitarismo en obras como *Los orígenes del totalitarismo*, donde muestra cómo sistemas como el nazismo y el estalinismo destruyeron la libertad, la pluralidad y el espacio público, anulando la capacidad de las personas para pensar y actuar libremente. Según ella, el totalitarismo no es solo una forma extrema de gobierno, sino una negación radical de la política, al convertir a los ciudadanos en masas aisladas, manipuladas y privadas de juicio.



Frente a esto, Arendt defiende una visión de la política como espacio de acción, diálogo y pluralidad, donde los seres humanos aparecen unos ante otros como iguales pero distintos. Para ella, la política auténtica nace cuando las personas participan activamente en lo público, no solo obedecen o administran, y cuando ejercen su libertad para actuar y crear algo nuevo. Así, el problema de la política contemporánea, según Arendt, consiste en reconstruir un espacio común donde los ciudadanos puedan convivir en libertad, responsabilidad y diversidad, recuperando el valor de la acción política como expresión de la dignidad humana.

www.academianuevofuturo.com
Teléfono: 914744569